





CHARLIE



EL

BO

DEGON





V-241 DF 75
F

75 pags incluido portada.

R.C



A-1303

1115
BARRAS

R 200
38155

EL BODEGON

DE LA CADENA.

TRADICION MADRILEÑA

ORIGINAL

DE DON DIONISIO CHAULIÉ.

J. M. R.

MADRID.

Imprenta de EL TIEMPO, Turco, 14.

1876.

EL BODEGON

DE LA CADENA.

TRADICION MADRILEÑA

ORIGINAL

DE DON BIONISIO CHAULE

1874

MADRID

Imprenta de EL TIEMPO, Tercer, 14

1874

EL BODEGON DE LA CADENA.

TRADICIÓN MADRILEÑA

Pedro de Castilla, á quien
Llama el sábio Justiciero
Y el ignorante Cruel.

(CALDERON.—*Las tres justicias en una.*)

I.

IVAN RAMIREZ,

Una noche oscura y tormentosa de principios del año de 1361, dormían descuidados los vecinos de la villa de Aguilar de la Frontera, cuando el ruido inesperado de añafles y atambores, acompañado del grito de guerra de los sarracenos, *guallad* (por Dios) vino á turbar su dulce sueño castigando su excesiva confianza en la buena fué musulmana.

A pesar de las solemnes treguas y amistad jurada, el emir de Granada Abu-Said, á quien nuestros historia-

dores llaman el Bermejo, aprovechando la coyuntura de hallarse en guerra con Aragon el monarca castellano, rompió por tierras del reino de Córdoba y cogiendo desapercibidas las poblaciones, por doquier paseaba sus banderas á guisa de triunfador, cautivando las personas y entregando al pillaje las haciendas, sin que hubiese poder organizado capaz de contrarestar el suyo.

Los escuadrones moriscos fueron los únicos mensajeros que dieron noticia de su invasion á los infelices habitantes del pueblo de que vamos tratando; el ruido de sus puertas derrumbadas la primer noticia de su acometida, y el incendio de sus habitaciones la luz que alumbró su entendimiento para conocer su desdicha.

Aposentado el enemigo de rebato en las principales calles y plazas, dueño de la cava y rastrillo, únicamente encontraba resistencia en tal cual edificio, cuyos dueños, más animosos ó menos conformes en someterse al cautiverio, luchaban en vano contra su mala estrella.

En este número se contó un caballero de escasa fortuna, natural de Madrid, aunque oriundo de Andalucía, recién venido á la villa con objeto de recoger el último suspiro á un hermano suyo, ya entrado en años, y la cuantiosa herencia del difunto otorgada en testamento público á favor de su hijo, niño de poca edad, que trajo consigo el forastero como postrer consuelo y á solicitud del tío, de quien era querido en extremo.

Apenas Ivan Ramirez, que así se llamaba el madrileño, conoció por los alaridos y tumulto que los infieles eran dueños del pueblo, arrojóse de la cama, y desabrigado de ropa, corrió á despertar al pequeño infante que en un aposento como liado reposaba, y mal-

vistiéndole apresurado cogióle en sus brazos y corrió á ganar la puerta de la calle, donde ya á su llegada un arraez seguido de un gran número de agarenos daba desaforados golpes á fin de franquear la entrada, esperando, visto el buen aparato de la casa, encontrar en ella abundante cebo á su codicia.

Hallando interceptada la salida, volvió pié atrás Ramirez con su preciosa carga en busca de un postigo que daba al campo, pues el edificio era de los últimos de la poblacion, y encontrando al paso á un cercano deudo, á quien daba mesa y hospedaje desde la muerte de su hermano, corriendo de atentado sin saber dónde, aumentando la confusion que reinaba en toda la casa, trabóle de un brazo, y procurando calmar su turbacion, le dijo:

—Cobra aliento, Gracian; la salida del campo está libre si te apresuras á tomarla; monta en el caballo, que está descansando y es corredor, y huye con mi hijo camino de Écija, que yo me quedo á defender el paso el tiempo suficiente para que te pongas en salvo.

Una siniestra alegría brilló en el semblante del fermentido pariente al escuchar tal propuesta.

—Sí, yo le salvaré, dijo; os lo aseguro por mi vida; es una prenda muy preciosa para que me la deje arrebatar fácilmente.

El movimiento infernal que animó su rostro, pasó desapercibido para Ivan, preocupado por los acontecimientos del momento; le entregó el tierno niño, y embrazando una adarga que allí cerca colgada estaba, corrió armado lo mejor que pudo á colocarse en un tránsito que conducia á lo interior de las habitaciones. Desde allí, apoyado en el alféizar de una ventana, al mismo tiempo que oia saltar la puerta hecha pedazos, vió á Gracian á través de la oscuridad salir

por los campos á toda rienda sosteniendo á su hijo contra el pecho.

A esta sazón los mahometanos, forzada ya la entrada é iluminados por teas encendidas, que así servían para alumbrar sus pasos como para propagar el incendio, esparciéndose por todas partes, llegaron al sitio donde Ivan, con resuelto continente, se proponía detenerles en su hasta entonces desembarazado camino.

Más extrañeza que cólera les causó la presencia de aquel hombre desesperado que tan temerariamente se les oponía, y no queriendo sostener una lucha arriesgada, aunque no dudosa, con tan determinado adversario, por una presa que ya contaban por suya, trataron de ofenderle de léjos sin exponerse al alcance de su acero, arrojándole cuanto pudiesen haber á la mano.

El espacio era estrecho, los enemigos muchos; así es que el desventurado Ivan, blanco seguro de sus tiros, peleando al descubierto, ofendido sin tener medios de defensa, no tardó en caer trastornado de un astillazo lanzado con certero tino que vino á herirle en la frente.

Entradas á saco las habitaciones, fué recogido aún privado de sentido y trasladado á la plaza pública, donde recobró el conocimiento y vió la luz del nuevo día en union de otros muchos compañeros de infortunio, que aprisionados por los infieles, fueron sacados de la villa al ser abandonada por estos y vendidos á los mercaderes judíos, que esperanzados de abundante lucro, seguían la marcha del ejército expedicionario. Conducido al puerto de Málaga, pasó á poder de unos tratantes de Fez, á cuyo punto fué conducido, y donde le dejaremos en cautiverio hasta sazón más oportuna.

II.

Don Pedro y el Peregrino

Descansadas holgaban las huestes agarenas en los feraces campos de Córdoba y Sevilla, tan provistas de abundantes vituallas como ajenas de pensar que clase alguna de enemigos pudiese irles á la mano en las cuantiosas exacciones de dinero, ropas y alhajas, impuestas por ellos á los pueblos de las ricas comarcas que ocupaban, cuando vino á turbar su dichosa bienandanza la nueva de que el rey D. Pedro I, ajustadas paces con el de Aragon, á costa de renunciar á todas sus conquistas, y cuando amenazaba á Zaragoza, caminaba á toda prisa la vuelta de sus Estados al frente de las aguerridas mesnadas castellanas é irresistible caballería de las Ordenes militares, acompañadas de multitud de carros cargados de aprestos y máquinas de guerra.

Atendido el carácter violento del monarca cristiano y el gran poder de que disponia, no se le ocultó al emir granadino que era llegado el caso de pagar con usua los desmanes cometidos por él en tierras de Andalucía, si no se apresuraba á recoger sus fuerzas y emprender la retirada, evitando choque alguno decisivo con su justamente irritado adversario, cuya cólera nunca se hubiera atrevido á provocar á no verle empeñado en guerra con el reino aragonés.

Por otra parte, el legítimo rey de Granada Mohammed V, destronado traidoramente por Abu-Said y obligado á salir fugitivo de su capital disfrazado con

ropas y atavíos femeniles, gracias á la industria de una linda esclava, á quien tenia entregado su corazon, habia conseguido llegar vivo á Guadix, donde fué aclamado como soberano. Allí supo la desastrosa muerte dada por el usurpador á dos hermanos suyos, cuyas cabezas fueron cortadas por los feroces soldados y asidas por los cabellos arrastradas á través de las calles, dejando sus cuerpos insepultos sin que nadie fuese osado á recogerlos.

Siempre fiel aliado del monarca de Castilla, le mandó mensajeros recordándole su buena amistad é instándole en nombre de la justicia á que le ayudase á recuperar su reino, prometiéndole, por lo que á él tocaba, rendirle homenaje, ayudándole con todo su poder en cuantos empeños acometiese.

Reunidos en Ronda ambos monarcas, invadieron los Estados que reconocian la autoridad del rey Bermejo, y rechazados delante de Antequera, á la que sitiaron inútilmente, llevaron la tala y devastacion por los términos de Archidona y Loja hasta acampar en la vega de Granada.

No acobardó al arrogante Abu-Said verse amenazado de tan deshecha tormenta; antes bien, decidido á conjurarla ó morir en la demanda, ajustada alianza con los aragoneses, salió en la llanura al encuentro de sus enemigos, donde se empeñó un encarnizado combate, que si bien de pocas consecuencias, era el preludio de otros más terribles. Pero afligido el buen Mohamed de los estragos que los cristianos causaban en las tierras de sus vasallos de otro tiempo, suplicó á don Pedro desistiese de dirigir en persona aquella empresa, pues más queria vivir siempre en humilde condicion, que subir al trono causando á sus pueblos tales daños.

Puestos de acuerdo en este punto, retiróse D. Pedro

á Sevilla, y Mohammed á Ronda, perdiendo así mucha parte de su actividad la guerra que con varia fortuna sostenian en la frontera de Granada los caudillos cristianos.

No tardó en encontrar su recompensa el noble y humano proceder del honrado Mohamméd. La populosa é importante ciudad de Málaga le proclamó por su emir, y los más decididos parciales del usurpador desamparaban su causa, acogiéndose sin recelo á la reconocida clemencia del legítimo soberano.

Viéndose abandonado de la fortuna y sin derecho en que apoyar su causa, en mal hora le ocurrió al atrevido Abu-Said la idea de acojerse al favor y amparo del rey castellano. Para esto, recogiendo sus más preciadas joyas, sus más ricas armaduras, sus caballos y alhajas de más valor, con no pequeña cantidad de monedas de oro y plata, fuese á Sevilla acompañado de 50 de los principales magnates de su córte, y prostrado ante don Pedro, hizo solemne protesta de arrepentimiento por haber quebrantado la amistad jurada entre ambos reinos, y prometiendo observar no interrumpida tregua y vasallaje, siempre que el rey de Castilla tuviese á bien admitirle á su gracia, y concluyendo por rendirle párias de lo más precioso que consigo traia. Admitiólas éste con buen semblante, y sin darle contestacion definitiva, mandó tratar decorosamente á él y su séquito, en tanto que determinaba lo más conveniente.

No se hizo esperar su resolucion, que á fé que el hijo de Alfonso XI el *Vengador*, no pecaba de irresoluto. Aquella misma noche fueron convidados Abu-Said y los de su comitiva á un espléndido banquete en casa del maestro de Santiago, antes de terminar el cual entró en la sala el repostero mayor Martin Go-

mez de Córdoba con una compañía de gente armada que aprisionaron al rey granadino y sus cortesanos, conduciéndoles desde allí á las Atarazanas.

A los dos dias el rey Bermejo, montado en un jumento, cubierto de un sayo colorado, expuesto á las afrentas del populacho y rodeado de 36 de sus parciales era conducido al campo de Tablada. En él estaban preparados otros tantos pilares de madera, cuantos eran los caballeros moros, que fueron amarrados en compañía de su señor, alentándose mutuamente á sufrir la muerte con valor, repitiendo estas palabras del Corán: *Dios disponga*, resúmen del fatalismo mahometano.

Un gran tumulto y vocerío difundido entre la multitud que llenaba todo el campo, anunció algun acontecimiento previsto: era el rey don Pedro que á toda rienda corria hácia los sentenciados, seguido de sus guardias y ballesteros.

Sin aflajar el paso llegó al frente del desgraciado aunque perverso Abu-Said y atravesándole el pecho de una lanzada, le dijo: *Toma esto, por cuanto me hiciste jacer mala pleitesia con el rey de Aragon en perder el castillo de Ariza.*—*¡Oh, Pedro,* contestó el herido musulman, *qué torpe triunfo alcanzas hoy de mí! ¡qué ruin cabalgada hiciste contra quien de tí se fiaba!*

Apenas pronunció estas palabras le remataron los ballesteros, sufriendo igual suerte los demás sarracenos, cuyas cabezas fueron cortadas y puestas unas sobre otras para que fuesen vistas desde la ciudad.

Lamentable acontecimiento que quisiéramos borrar de nuestra historia, pues en verdad es horrible espectáculo ver á un monarca tomar venganza personalmente de su enemigo, por criminal que este sea; si bien, puede servir de alguna disculpa al rey castellano, la

consideracion de que no hay hombre de tan elevado espíritu que consiga hacerse superior á la influencia de las ideas y costumbres dominantes en su época, y aquella era tan ruda, que entre sus antecesores, como en las crónicas contemporáneas de los países extranjeros, podia citar don Pedro repetidos ejemplos de soberanos que por causas mucho más livianas se abandonaron á un proceder igual al suyo.

Corrió la noticia de la desastrosa muerte del usurpador, y llegando á Málaga regocijó en extremo á Mohammed, que aun reprobando el hecho en sí mismo, se dispuso á aprovechar sus consecuencias apresurando su partida á Granada, donde entró sin oposicion acompañado de la nobleza más encumbrada del reino.

No bien repuesto en el trono mandó embajadores á su amigo el de Castilla, dándole gracias por su ayuda y renovando la antigua alianza entre ambos establecida, y como prueba de su deseo de conservarla, mandó poner en libertad á todos los cautivos cristianos de su pertenencia y satisfacer del erario público el rescate de los que existiesen en poder de otros dueños, incluso los que hubiesen sido vendidos fuera de sus dominios por efecto de la injusta agresion de Abu-Said. Entre estos últimos se contaba el desgraciado Ivan Ramirez, á quien nos ha hecho abandonar por algun tiempo la necesidad de referir los sucesos anteriores, gracias á cuyo desenlace pudo saludar las playas españolas al cabo de un año de dura esclavitud en Africa.

Pero dejemos para el cuadro siguiente tratar con suficiente espacio y detenimiento de la persona de este buen caballero.

Caminaba Ivan Ramirez con paso vacilante, agobiados sus hombros con el peso de la cadena que le habia aprisionado en las mazmorras de Fez, pues á

ello le obligaba solemne voto hecho á Nuestra Señora de la Almudena de no abandonarla sino ante su altar, si le conducia con bien al seno de su familia en su querida villa nativa. Marchaba descalzo, apoyado en el bordon de peregrino, recogiendo la limosna que le proporcionaba la caridad cristiana en las poblaciones que atravesaba: y en verdad que obró con acierto al fiarse en ella, porque en todo el curso de su romería no le faltó el preciso alimento ni un techo hospitalario donde reposar sus fatigados miembros. El sol meridional caia á plomo sobre su cabeza enervando su cuerpo; los extensos arenales hacian penosa su jornada; el furioso vendaval azotaba su rostro; mas al ver aquel hombre de barba crecida y descompuesta, de semblante grave y resignado, cruzado su pecho por la enseña del cristianismo, paciente en sus trabajos y guiado sólo por su fé y confianza en la bondad divina, todos, áun en tierra de moros, se apresuraban á hacer más llevadero su infortunio. Cuando el temporal arreciaba, el abrigo se mostraba lejano y los piés del caminante brotaban sangre heridos por los abrojos y asperezas del terreno, alguno solia decirle movido de compasion:

—Amigo, si vais lejos, muy árdua tarea habeis emprendido, segun estais de maltratado; quedaos en la ciudad inmediata y pedid al señor obispo os dispense vuestro voto.

—Hermano, replicaba Ramirez, pertenecemos á una comunidad cuyo jefe está coronado de espinas: ¡qué podemos esperar nosotros sino trabajos y desventuras? Aguardo, con el favor de Dios, llevar á feliz término mi promesa.

Entonces el pasajero se apresuraba á socorrerle segun sus medios, y descubriendo ante él humildemente

su cabeza, cual si fuese á demandarle una gracia, le decia:

—Perdonad, hermano, y rogad por mí.

—Dios nos perdone á todos, contestaba el peregrino.

De este modo llegó á la villa de Aguilar, donde esperaba encontrar á su hijo, confiado en la terrible noche de la invasion musulmana á su pariente Gracian: mas su esperanza salió fallida: nadie habia vuelto á saber de ellos; solo averiguó que su esposa, poco tiempo despues del fatal suceso, envió un mensajero encargado de informarse de la suerte de entrambos, el cual, no pudiendo adquirir en aquel pueblo noticia alguna, salió á recorrer los inmediatos con objeto de dar cumplimiento á la comision de que estaba encargado. Afligido Ramirez al saber estos pormenores, dióse prisa á poner en órden su pingüe hacienda y continuar la devota peregrinacion en los mismos términos que la habia emprendido, confiando que quizá al llegar á Madrid hallaria en él á su hijo, si acaso las activas diligencias de su esposa, empleadas en averiguar el paradero del niño no habian sido estériles.

Grandes contratiempos pusieron á prueba la constancia del rescatado antes de saludar las torres de la entonces humilde villa; mas al fin su planta llegó á hollar la puente toledana, no la magnífica y grande que hoy oprime las mansas aguas del Manzanares, sino la antigua, construida con mal unidas tablas en el mismo paraje, poco más ó ménos, que la actual.

Al verse en aquel sitio parecieron renacer sus fuerzas, próximas á extinguirse. ¡Qué paisaje tan encantador se presentó á la vista de Ramirez! á sus piés el claro rio, más abundante que en nuestros dias, segun

acreditados autores; á la derecha, frondosos viñedos y extensos olivares dirigian al santuario y hospedería de Nuestra Señora de Atocha; á la izquierda, sobre enrisgadas alturas se alzaba un espeso bosque de álamos y encinas, tras el cual se ocultaba la humilde casa fundada por el Santo patriarca de Asís; al frente, dominando toda la comarca el antiguo alcázar morisco, mansion en la actualidad de don Pedro de Castilla, que hacia ejecutar en él grandes obras de reedificacion; á su lado el devoto y venerado templo de la Almudena, término de las fatigas de Ivan, y despues de todo, poco distante, en el arrabal de San Martin hácia la puerta de Santo Domingo, se pintaba en su acalorada mente el hogar doméstico, donde rico y feliz esperaba encontrar puerto seguro en la borrasca deshecha que hacia tiempo corria.

A no encontrarse absorto en tan agradables ilusiones hubiera tambien llamado su atencion un hombrecillo vestido de negro, de ruin y mezquina catadura, sentado á la entrada del puente, y á quien ya habia hallado otras dos veces en su camino, que apenas divisó al romero, con paso diligente desapareció entre los matorrales que guarnecian la ribera.

Sin parar atencion en tal incidente, pues no iba su espíritu para fijarse en pequeñeces, se dirigió camino de la Vega á trepar la elevadísima cuesta que conducia á la puerta del mismo nombre. Sobre ella existia desde tiempo inmemorial, y aún se conserva hoy en un ángulo de la muralla, una hermosa imagen de Nuestra Señora, á la cual era costumbre se encomendasen los viajeros que entraban ó salian en la villa por aquella parte, práctica que aún hemos visto observada por algunos montañeses de Asturias y Leon.

No quiso Ramirez pasar de largo omitiendo tan

piadosa ceremonia; así que llegado al frente del reverenciado simulacro, puesto de rodillas, y después de besar humildemente la tierra, con voz acompasada y monótona entonó el siguiente romance, perteneciente al número de aquellos con que los romeros solían excitar la piedad de los fieles en los campos y aldeas de su tránsito:

Dios te salve, Virgen pura,

Esperanza del mortal,

Consuelo del afligido,

Salud en la enfermedad.

Oye la humilde plegaria

Con que ensalza tu bondad

Un miserable cautivo

De su patria en el umbral.

Opreso por largo tiempo

En las tierras del Islam,

El invocarte, María,

Era mi único solaz.

A tí clamaba, señora,

Cuando sin aliento ya

El peso de la cadena

No podía soportar.

Y allá en lejano horizonte

Me figuré vislumbrar

Tu dulce nombre en el cielo,

Brillante estrella del mar.

Cobré entonces nuevo brio,

Y con firme voluntad

Un día tras otro día

Luché con la adversidad,

Puesta siempre mi esperanza

En tu amparo celestial,

Madre de misericordia

De la triste humanidad.

Héme, por fin rescatado,

De hinojos ante tu altar.

¡Oh Virgen clemente! ¡oh pia!

Librame de todo mal.

Apenas habia acabado su reverente cancion, cuando una saeta, disparada por traidora mano desde unos hojosos chopos que inmediatos estaban, vino á clavar se en la espalda del peregrino mostrando en el pecho la ensangrentada punta. Sólo un agudo quejido exhaló el infeliz cayendo al suelo bañado en sangre. Inmediatamente salió de entre la arboleda el hombrecillo negro que hemos visto desaparecer en la puente y llegó al herido seguido de otros tres rufianes con ánimo, al parecer, de registrarle; mas un lejano ruido de caballos, que progresivamente iba acercándose, les hizo desistir de su intento, volviendo á ocultarse á toda prisa en las espesuras inmediatas.

Y no engañó su malicia á los foragidos, pues al poco tiempo dejóse ver sobre el camino una lucida cabalgata con arreos y en traje de caza, á cuyo frente marchaba nada menos que el rey D. Pedro I, que regresaba á su palacio de vuelta de correr un venado en los cercanos montes de Sumusaguas.

Caminaba la ilustre cuadrilla por la falda de la cuesta sin apercibirse de la reciente catástrofe, cuando uno de los lebreles que iban sueltos á la inmediacion del monarca, sin duda atraído por el olor de la sangre, puso la nariz al viento, y á toda carrera subió á la cumbre, donde se detuvo aullando lastimosamente al lado del cuerpo de Ivan, sacudiendo con insistencia la cadena que éste llevaba en sus hombros.

Tan singulares demostraciones llamaron la atencion

del soberano, que dirigiéndose á uno de los escuderos más cercanos,

—Id, ordenó, y ved qué ha encontrado ese perro que tanto ruido mueve.

En el acto fué obedecido, y de vuelta el jinete,

—Señor, dijo, es el cadáver de un peregrino que yace en tierra atravesado por una saeta.

Al escuchar su alteza estas palabras revolvió con despecho el caballo y corrió á examinar por sí mismo, seguido de los suyos, el lugar del suceso, por si era posible hallar algun indicio para descubrir el agresor ó prestar socorro á la infortunada víctima.

El aspecto de aquel hombre, al parecer sin vida, hizo hervir en las venas su ardiente sangre, y como buscando un objeto en quien descargar la cólera que revelaban sus expresivos ojos, prorumpió en las siguientes palabras encarado con su acompañamiento:

—¿Qué os parece, caballeros, del modo con que en mi buena villa de Madrid se recibe á los caminantes? Por el señor San Pedro, mi patron, que el rubor enciende las mejillas al considerar que tales bellaquerías se cometen á las puertas mismas del real alcázar.

—Señor, se atrevió á decir D. Fernando de Castro, uno de los ricos-hombres más favorecidos por el monarca, inmediatamente se practicarán las convenientes averiguaciones...

—Nadie averigüe nada, interrumpió el rey, que yo me encargo de ello; así evitaré el trabajo que tendria luego en examinar el proceder de los encargados de administrar recta justicia. Ea, D. Pedro Lopez de Ayala; vos, que sois tan entendido en todo, descabalgad y ved si el estado de ese infeliz permite darle algun auxilio.



Obedeció Lopez de Ayala y despues de reconocer minuciosamente al exánime Ramirez,

—Aún vive, señor, dijo: la saeta introducida en la herida ha impedido acabe de perder la sangre que aún le resta.

—Pues conducidle al alcázar, y en él se le asista con interés. Que se adelante un escudero y aperciba á mi cirujano Josef, para que todo se halle prevenido á su llegada.

De vuelta en palacio se puso D. Pedro á despachar los asuntos del dia, como si nada nuevo hubiera acontecido, y resueltos los más urgentes, pasó á visitar las obras de reedificacion que ya hemos dicho habia emprendido, ocupando así el tiempo hasta la hora de sentarse en la mesa. Sólo despues de alzados los manteles y dado agua á la barba y manos, llamó al médico para informarse de la salud del herido.

—Señor, le contestó el hebreo, no es su situacion tan desesperada como al principió juzgué; espero ceda la inflamacion á beneficio de los calmantes que le he administrado, para extraerle la saeta; si esta operacion no se malogra habrá muchas esperanzas de salvarle.

—Necesito, sobre todo, que se halle pronto en estado de contestar al interrogatorio que trato de hacerle.

—Esta noche, antes de que al enfermo le ataque la fiebre, que indudablemente debe sobrevenir, podrá vuestra alteza satisfacer su deseo.

Pocos momentos despues de este diálogo salia don Pedro por uno de los portillos del alcázar, acompañado del famoso Juan Diente, capitan de sus ballesteros y de otros dos individuos de la misma compañía.

Embozados los cuatro en sendas capas se dirigie-

ron al cubo de la Almudena, á cuyo pié se comió aquella mañana el atentado contra el peregrino.

Difundida la nueva entre la gente de los barrios inmediatos, se formaban corrillos y conjeturas acerca de la ocurrencia, y no habia un transeunte que no se detuviese á contemplar la tierra tinta en sangre, ni que dejase de hacer disparatados comentarios que empezaban á cansar al disfrazado monarca, cuando vió venir al fúnebre hombrecillo negro, á quien ya hemos columbrado en dos ocasiones distintas.

Fijó en él su penetrante mirada, bien resuelto á vigilar todas sus acciones; y no debió ser vana tal observacion, pues apenas el ruin personajé se hubo alejado algun tanto de la concurrencia, dirigióse el rey á Juan Diente y le dijo:

—No bien aquel hombre pequenuelo, que baja en direccion de la puerta, llegue á sitio solitario para evitar tumulto, haz que le prendan y pongan á buen recaudo hasta que yo providencie se le sujete á cuestion de tormento.

—¡A aquel tan ruinejo y enteco, señor?

—Sí; él ha sido el único que ha pasado de largo por delante del cubo mirando de reojo con afectada indiferencia; y á más de esto, somos conocidos antiguos, y sé que en él estarán muy bien empleadas unas cuentas vueltas de cuerda.

Los dos ballesteros fueron á cumplir su cometido, y D. Pedro, acompañado del capitán, entró en el alcázar por la misma puerta secreta que habia salido, dirigiéndose al aposento donde yacia el doliente Ramirez, cuando supo se hallaba despejado, merced á un cordial propinado por Jusef, y en disposicion de contestar á sus preguntas.

Como desde luego se propuso no molestar al enfer-

mo sino lo puramente necesario, mucho más estando éste prevenido de su visita, suprimió todo exordio y entró desde luego en materia, diciéndole:

—Honrado peregrino, ¿sospechais quién sea el autor de vuestro mal?

—Señor, per más que fatigo mi entendimiento no encuentro nadie á quien poder atribuir la causa de tanto daño.

—Pues decidme quien sois, de donde venís, adónde vais, y veremos si yo puedo ilustrar vuestra inteligencia.

Entonces Ivan hizo una relacion minuciosa de los principales acontecimientos de su vida, antes de acabar la cual le interrumpió D. Pedro preguntándole:

—Si su tio no hubiese nombrado heredero á vuestro hijo, ¿á quién correspondia la hacienda, como deudo más cercano?

Indudablemente á Gracian, tambien sobrino é hijo de hermano.

—¿El mismo á quien en la noche del incendio y saqueo de Aguilar confiásteis el niño, y de quien no habeis vuelto á tener noticia?

—El mismo, señor.

—¿Por Santa Gadea bendita, exclamó D. Pedro dando una fuerte patada en el suelo, que ya hemos descubierto al criminal! Ningun otro puede estar interesado en haceros desaparecer; sólo falta haberle á la mano. ¿Y vuestra mujer sospechais que pueda tener alguna inteligencia con ese malsin?

—¿Ah señor! uno de los mayores tormentos que me agobian es pensar el sentimiento que ha de oprimir su corazon al saber mis desventuras.

—Ya trataremos de poner en claro si esta buena dueña podrá haber tenido parte en ella, á pesar de

vuestra confianza. Por ahora reposad, y Dios os guarde.

IV.

El bodegon.

A la salida del arrabal llamado de Madrid por la puerta de Vallecas, sita donde se formó despues la plazuela del Matute, se alzaba, en la época de nuestra verídica historia, un bodegon ú hostería, punto de cita de la gente desalmada que habia poblado de cruces los vericuetos, trochas y desfiladeros que componian el territorio de la parte Este y Sur de la poblacion. Los extensos viñedos, espesos olivares y silvestres matorrales dilatados por la comarca, eran muy á propósito para encubrir toda clase de desafueros; así es que en balde el rey D. Alfonso XI trató de contenerlos dando nuevo rumbo á la gobernacion de la villa, pues los malos hechos seguian en período ascendente, gracias á las revueltas y poca seguridad de los tiempos.

En las primeras horas de una noche del año 1363, lluviosa y fria por extremo, se hallaban reunidos, en la cuadra principal del bodegon que dejamos citado, cuatro alegres bebedores alrededor de una mesa, sobre la que se alzaba cierta enorme escudilla reservada por el hostelero solamente para tales parroquianos á causa de sus buenas condiciones. Estos por su parte procuraban agradecer la distincion que de ellos hacia embaulando el sabroso jigote en ella contenido con un apetito envidiable, espoleado por el estimulante vinillo de Fuencarral, que de un panzudo jarro trase-

gaban al cubilete de estaño, el cual, revertiéndose de puro lleno, circulaba de mano en mano con rotacion más incesante que arcadúz de noria.

El aspecto ordinario de tres de los compañeros no merece fijar nuestra atencion; sólo haremos advertir que el uno de ellos carecia de las dos orejas, castigo sin duda impuesto en pena de sus fechorías por algun alcalde poco sufrido; mas en el cuarto se notaban rasgos tan característicos, que no podemos dispensarnos de dar á nuestros lectores una lijera descripcion de su persona.

Era como de veintiocho años de edad, blanco, de larga cabellera rubia, ojos azules y expresivos, cuerpo gentil, aunque no de mucha talla, y dotado de cierto aire de majestad que subyugaba sin resistencia al que con él se relacionaba. Parecia ser uno de aquellos soldados aventureros siempre prontos á servir al que mejor les pagaba ó á dedicarse al merodeo por su cuenta cuando no encontraban bandera fija. Iba defendido con un capacete de hierro sin visera, peto y espaldar, y al cinto llevaba una larga espada de gabilanes y daga de regulares dimensiones; por último, calzas enteras de ante y zapatos de cordoban completaban su atavío.

En aquella sazon dirigia la palabra, en la que se notaba algun ceceo, al Desorejado, el más expansivo de los comensales, preguntándole:

— ¡Conque dices que el D. Gracian, á quien esperais esta noche, es aquel vestiglo, cara de baqueta, que hemos visto aquí en otras ocasiones sentado en un rincon oscuro y siempre huyendo de la buena compañía!

— Ese, ese es, contestó su interlocutor riendo á grandes carcajadas, como si hubiese oido la ocurrencia más graciosa del mundo, una especie de clérigo que estu-

diaba con los canónigos de Sevilla, y áun creo que recibió las primeras órdenes sagradas; el mismo que robó al muchacho y le tiene oculto en un pueblo de Sierra-Morena; á ese esperamos y á Chupatinta, que fué...

—Cuidado con lo que dices, le interrumpió otro de los malandrines; malhaya el hombre á quien unos cuantos tragos le ponen en disposicion de ser más hablador que una vieja de las ballucas (1); en mi conciencia que hubiera ganado mucho si al cortarte las orejas el verdugo de Avila hubiera hecho con tu lengua la misma operacion.

—¡Voto al infierno! gritó el Desorejado dando un fuerte puñetazo en la mesa y montando en cólera al oír recordar su falta, que tan dispuesto me hallo á franquear mi pecho á un honrado escudero como á abrir el vientre á cualquier follon que me ofenda con sus palabras; soldado he sido, y cuando encuentro un buen camarada no quiero andar en misterios con él; si buenas doblas nos da el señor Gracian, buen servicio le hemos prestado; conque cepos quedos y punto en boca, antes que todo lo eche á doce, aunque no se venda, y no digo más.

—Señores hidalgos, dijo el soldado mediando en la contienda, no se altere la paz por tan poca cosa; mis preguntas sólo tenían por objeto conocer las personas con quienes he de tratar en adelante, si hemos de ser leales compañeros: por lo demás, guardad vuestros secretos, si os conviene, que harto tiene un hombre que hacer con su propios negocios sin mezclarse en los agenos.

(1) Así se llamaban las tabernillas de los alrededores de Madrid, donde se reunia la canalla y gente ociosa.

—¡Bien dicho, valiente amigo! contestó el Desorejado poniéndole familiarmente la mano en el hombro; quiero satisfacer tu curiosidad sólo por ver si hay algun bellaco que trate de impedirlo. Pues como iba diciendo, Chupatinta es un bicho pequeñuelo á quien tambien has encontrado aquí algunas veces.

—Ya recuerdo, repuso el jóven llenando el cubilete, que describió su giró acostumbrado; siempre que le veia vestido con su ropilla y capa negra me se representaba un escarabajo de campo.

—¡Vitor al soldado! exclamó el bandido atronando el aposento con su risa estúpida. ¡Oh, hi de cabra, y qué astucia y gracejo tiene! ¡Cómo cuadra la *comparanza* con la figura del secretario! Por su antigua profesion é ir siempre de negro le hemos aplicado el apodo que lleva.

Porque has de saber que en su juventud fué notario en chancillería, pero habiendo reclamado las Córtes de Valladolid en 1351 contra los escribanos que no fuesen pertenecientes para el oficio, y siendo él más aficionado á tirar los dados que á encorvarse sobre los cartapacios, buscó fortuna en compañía de los hombres que padecen persecucion por la justicia, sin que hasta ahora haya tenido motivo de arrepentirse ni tachar á la profesion de poco productiva; verdad es que no hay otro tan cortado para combinar un golpe de mano. El fué quien vino en observacion del peregrino desde Andalucía, avisándonos su llegada á las inmediaciones de Madrid; en fin, es el alma y consejero de Gracian.

—Todo lo contrario; apénas se convenció de que eran inútiles sus diligencias para averiguar el parade-ro de su esposo é hijo, se retiró á una de las celdas fuera de clausura del convento de Santo Domingo el Real,

ro de su esposo é hijo, se retiró á una de las celdas fuera de clausura del convento de Santo Domingo el Real donde firme como una roca resiste las instancias de su sobrino, que en vano trata de persuadirla que el muchacho y su padre murieron en Aguilar, á fin de que le dé palabra y mano, para de este modo posesionarse de los bienes de que el niño es heredero.

Aquí llegaban de su coloquio cuando, abriéndose la puerta de la cuadra, asomó la cabeza un pilluelo des-arrapado, y gritó con voz aguda:

—¿Está el señor Chupatinta?

—No, pero tiene que venir, contestó uno de los bandidos. ¿Qué le querias?

—Traigo una carta para él del señor Gracian, añadió el chicuelo.

—Pues déjala, que aquí se la daremos, repuso el Desorejado.

Y tomando el pergamino enrollado, sujeto con seda y sellado, comenzó á darle vueltas entre sus manos con aire despreciativo.

—Siempre he tenido horror, continuó, á estos pedazos de piel cubiertos de patas de mosca, que quizá llevan consigo la perdicion de un cristiano sin que éste pueda evitarla por no acertar á comprender su mudo y traidor lenguaje. Dos años remaria yo en poder de infieles por saber lo que dice esta maldita carta.

—¿Y qué te importa, replicó otro de los bandoleros, que aún no habia tomado la palabra, lo que el señor Gracian puede escribir á su confidente?

—¡Por los cuernos del diablo! pues qué, ¿ese mal engendro es más digno que nosotros de saber las intenciones del señor Gracian? Si los oidores de la casa y córte de su alteza toman conocimiento del negocio en que estamos empeñados, ¿nos darán por ventura al-

guna ayuda de costa y ellos dos solos pagarán por todos?

—Si no hubiera más inconveniente que la dificultad de descifrar esa carta, pronto verías tus deseos cumplidos, repuso el joven soldado, porque has de saber que yo aprendí á leer, y áun algo de escribir, en el monasterio de monjes benitos inmediato á mi pueblo, y estoy dispuesto á complacerte; pero abrir un pliego sellado puede ser lance sério,

—¡Habláras para mañana! exclamó el bandido rompiendo el sello de cera; en mi vida pequé de escrupuloso. Atiza ese candil, muchacho, que este valiente escudero va á hacernos saber el contenido de este mensaje que en la mano tengo.

Toda la compañía aplaudió esta determinacion, y colocando el pergamino extendido delante del mancebo, puestos de codos sobre la mesa, con la cabeza apoyada entre las manos, la vista fija en el lector, se dispusieron los tres malandrines á oír la misiva con una atencion tan recogida cual si fuesen á presenciar una evocacion mágica. Tal era el asombro que causaba en aquellos tiempos ver á un hombre adornado de conoimientos tan peregrinos.

El joven recorrió ligeramente la epístola y se enteró de su contenido que era el siguiente:

«Ha sido una desgracia que no hayais recogido del cuerpo de Ramirez alguna prenda que me pudiera servir de comprobante de su fallecimiento para con su esposa. Como estoy dispuesto á terminar este asunto, voy á visitarla al anoecer, única hora á propósito para verla despues de terminados los rezos de la tarde; la enteraré del mal suceso de su marido y de que su hijo existe en mi poder; amenazándola con la muerte de éste si no accede á mi proyecto de matrimonio.

"Aunque sea tarde yo acudiré al bodegon á repartir la paga ofrecida y acordar lo conveniente."

No habia fecha ni firma por un exceso de precaucion.

Despues de leida la carta para sí, el soldado la leyó á los salteadores letra por letra, pues no tenía interés en hacer lo contrario, y levantándose de seguida y cubriéndose con el embozo les dió las buenas noches pretextando un quehacer urgente dentro de la villa, para aquellas horas, mientras ellos quedaban esperando á Gracian y su secretario; y saliendo de la hosteria entróse en Madrid por la inmediata puerta de Vallecas, ya cerrada á la sazón por lo avanzado de la hora, pero que le fué abierta por el guarda del concejo, merced á la contraseña de que iba provisto.

Apenas se vió léjos de la compañía de los solteadores, apresuró el paso en direccion al camino ó calle del Sol (hoy Carrera de San Jerónimo), y dejando á la derecha la entrada de aquel nombre, sita donde ahora la embocadura de la calle de Preciados, fué á enderezar su rumbo por el Arenal de San Ginés; pero sin duda por no atravesar los fangosos lodazales de aquel sitio y las barrancadas y cerros de los Caños del Peral, que se extendian más adelante, cambió de ruta siguiendo hácia el Postigo de San Martin y monasterio del mismo nombre, continuando hasta la puerta de Santo Domingo, que se abria al Norte y como al frente de la futura calle Ancha de San Bernardo.

Desde allí se encaminaba en derechura hácia la huerta de la Priora (en la actualidad Plaza de Oriente), cuando al cruzar con rapidez por delante del pórtico lateral del convento fundado por el ilustre patriarca de la familia de Guzman, un embozado que salia violentamente vino á tropezar con él con tan fuerte impulso

que sólo á costa de algunos traspieses pudo conseguir no venir á tierra. Amostazado el escudero, sin detenerse apenas á enderezar el capacete trastornado en su cabeza con el choque, se dirigió airado al desconocido con el fin de pedirle cuenta de tal desman, y su cólera subió de punto cuando al reflejo del moribundo farolillo que alumbraba un retablo de Nuestra Señora de la Soledad colocado á la puerta del templo, reconoció al fementido Gracian que salia de aquella santa casa no muy bien humorado á consecuencia de la repulsa dada á sus pretensiones por la esposa de Ramirez, dispuesta á arrostrar todas las consecuencias de su negativa.

—Parad mientes como vais, le dijo el soldado en tono descompuesto, pues no es razon que un hombre bueno se vea obligado á tropezar con tan villana persona, y será fácil, si no poneis coto á semejante torpeza, vengan á concluir en un punto vuestra vida y malas artes.

Nunca fué tampoco la mansedumbre virtud dominante en el traidor pariente; así que oyéndose apostrofar en términos tan ágrrios, se fué hácia su contrario el brazo levantado con intento de azotarle el rostro. Pero el mozo, que no era lerdo, dió dos pasos atrás y revolviendo la capa en el siniestro brazo, salió á encontrar al atrevido, espada en mano, con tan resuelto ademán, que anduvo éste apurado para ponerse en defensa, conociendo mal su grado lo sério del lance en que se habia metido.

No duró mucho la contienda, pues á las dos idas y venidas cayó Gracian mortalmente herido, exclamando al dar su último aliento:

—*¡Oh buen Jesús, perdonadme, Señor!* (1)

(1) Hace algunos años se leian estas palabras gra-

—Dios tenga misericordia de tí, pronunció su contrario descubriendo la cabeza; yo te prometo fundar un aniversario por el eterno descanso de tu alma.

Y envainando su acero y acomodándose la capa sobre los hombros, fuese á entrar por una pequeña puerta del alcázar, que le fué abierta apenas se dió á conocer.

Todas las armas se bajaban á su paso; todos los servidores de palacio, nobles ó plebeyos, se humillaban en su presencia. Por estas demostraciones conocerá el lector, si no lo ha sospechado antes, que el soldado á quien hemos visto razonando amigablemente con personas de tan mala condicion, era don Pedro de Castilla.

El capitán de ballesteros acudió á recibir las órdenes del rey.

—Inmediatamente, le mandó, acompañado de veinte hombres de armas, vé á la hostería de la puerta de Vallecas, y allí reducirás á prision á tres bandidos que esperan á Gracian, el pariente de Ramirez. Mañana á la misma hora en que se verificó el crimen contra este, serán ahorcados frente al cubo de la Almudena en compañía del malandrin vestido de negro que fué preso ayer tarde.

De paso recojerás el cadáver de un hombre que yace tendido frente á la iglesia de Santo Domingo, y dispondrá se le dé sepultura.

La voluntad del monarca se ejecutó puntualmente.

badas en piedra en un ángulo entretante que formaba la fachada occidental del convento. Posteriormente se construyó una casa pequeña en este sitio, y dos losas donde estaban esculpidas se trasladaron á la portería del monasterio y al portal del nuevo edificio. En la actualidad ni aun este recuerdo existe.

Al otro día la muchedumbre, aún no bien enterada del delito, presenció el escarmiento.

Desde entonces el bodegon donde asistia D. Pedro encubierto, llevado de su inclinacion á consultar por sí mismo la opinion pública, disfrutó el privilegio de autorizar el dintel de su puerta con una cadena, distintivo de haber entrado por ella un soberano, por cuya razon se le empezó á denominar con el nombre de *Bodegon de la Cadena*. Así continuó hasta que dicho símbolo cayó en desuso á consecuencia de nuestras reformas políticas. En el día existe aún la casa señalada con el núm. 35 en la calle del Leon, de la que entró á formar parte cuando las sucesivas ampliaciones de Madrid hicieron derribar la cerca á cuya inmediacion estaba.

Ramirez, felizmente curado de su herida, se reunió á su esposa é hijo, descubierto el paraje donde éste yacia secuestrado, por las declaraciones de los salteadores. Cuando los auxiliares del bastardo fratricida D. Enrique, vinieron á combatir la villa con fuerzas muy superiores, contribuyó Ivan, en compañía de los varones más ilustres de ella, á la memorable defensa que opuso la poblacion al usurpador, en castigo de la cual fué privada de la mayor parte de su término, y murió en el alcázar por la causa del legítimo soberano. El jóven Ramirez, siempre fiel á las banderas de D. Pedro, ya á las órdenes de D. Fernando de Castro, ya á las del duque de Lancaster, yerno de aquel príncipe, llegó á ser uno de los magnates de Castilla al subir al trono doña Catalina, nieta del rey justiciero.

EL ASEDIO DE MADRID.

SEGUNDA PARTE DEL BODEGÓN DE LA CADENA.

La lucha continúa que el rey D. Pedro mantuvo durante su reinado contra los grandes, cuya ojeriza quizá hizo dar nombre de *Cruel* á quien sólo era amante de la justicia ó del orden, prueba, en mi opinion, que no se avenia con sus usurpaciones.—(Don José Canga Argüelles: *Dic. de Hac.*)

I.

Los sublevados.

Ya hacia algunas horas que el sol, ocultándose tras la cordillera Carpetana, iluminaba con su luz otras regiones más felices, y las sombras de la noche, envolviendo con su atezado manto la ciudad de Toledo, aumentaban el aspecto tétrico y funeral que dias há entristecia la noble capital de la España goda. Un silencio pavoroso reina en sus calles y plazas, poco antes llenas de vida y animacion. En vez de los alegres cantos de sus innumerables cuadrillas de arte-

sanos, sólo se oye á los escuchas establecidos por doquier, excitarse á la vigilancia con el grito de vela. Al ruido de las fábricas y telares ha sucedido el estridente chocar de las armas de los ballesteros y hombres de guerra que cruzan la poblacion en todas direcciones, y ni aún el sacerdote osa levantar su autorizada voz en la augusta basílica metropolitana, pues el ruego al Eterno en demanda de misericordia, á traidora intencion fuera achacado, y accion de gracias en tanta desolacion no era posible articulase el lábio.

¡Qué público infortunio puede dar causa á semejante duelo? ¡Acaso la gente descreida señorea de nuevo su codiciada presa, y los descendientes de Ben Dilnúm y Yahia profanan la tierra clásica de los concilios estableciendo en ella sus lúbricos harenos? No; es el terrible leon de Castilla que, rota su cadena, recorre campos y poblados, ávido de sangre y de matanza, y allí se ha detenido buscando ansioso en quien cebar su garra.

En efecto, D. Pedro I, obligado por una alianza absurda y escandalosa, compuesta de su madre y los hijos de doña Leonor de Guzman, manceba de su esposo; de estos con aquella, autora de la muerte de la que les dió el sér, y deseoso de traer á buen camino los asuntos del reino, harto revueltos á la sazón, obedeció al mensaje de los que se decian coaligados por el bien general y acudió casi solo á Toro, donde los rebeldes eran omnipotentes, con esperanza de entrar en tratos, aún á cambio de aparecer como vencido y desairado.

¡Noble sacrificio en hombre de tan indómito carácter!

Pero como siempre acontece, la humillacion del poder supremo sólo sirvió para alentar á los sublevados,

que apenas vieron á su merced al monarca, cuando empezando su tia paterna la reina viuda de Aragon, madre del marqués de Tortosa, aspirante al trono de Castilla, por reprenderle á speramente en público, echándole en cara todos sus desmanes, cual pudiera hacerlo con un mozuelo casquivano, continuó culpando á sus consejeros de la mala gobernacion del Estado, y terminó insistiendo en la necesidad de reemplazarlos por varones honrados y entendidos que tuviesen más cuenta con su fama y buen servicio. A replicar se disponia D. Pedro disculpándolos, pero no le dieron tiempo de verificarlo, pues á su misma presencia, y á pesar de las protestas que suponemos no dejaria de hacer, fueron reducidos á prision su confidente Hinestrosa, su tesorero el judío Samuel Levi y su canciller Fernan Sanchez, únicos que tuvieron valor de acompañarle en aquella expuesta jornada.

Sin auxiliares ni consejeros y reducido á verdadero cautiverio, fué conducido el soberano á las casas del obispo de Zamora, donde vigilado de cerca por el bastardo don Fadrique, quien se habia adjudicado el cargo de camarero mayor, se vió privado de toda plática que no fuese con ciertas y determinadas personas afectas á los coaligados. Estos, por su parte, diéronse á celebrar fiestas y recibir plácemes por el fácil y seguro triunfo conseguido, y entrando á saco los empleos y oficios de palacio, repartieron entre sí la gobernacion del reino, sin cuidarse de otra cosa, echando al olvido las promesas con que al ayuntarse se alucinaron á los incautos que, seducidos por sus razones, sirvieron de escabel á su encumbramiento.

Uno de los principales pretextos de la liga fué la reabilitacion de la reina doña Blanca obligando á su

esposo á que la tratase segun el deber aconsejaba vi-
viendo en su compañía. Tan justa querella era acogida
por los pueblos con frenético entusiasmo; y la simpa-
tía excitada por aquella infortunada princesa en los
pechos de las mujeres toledanas al verla prosternada
al pié de los altares invocando el derecho de asilo, fué
lo suficiente para alzar en su defensa á nobles y pe-
cheros, estorbando su encarcelamiento en el alcázar,
segun órdenes del Rey lo prevenian. Pero vencedores
los amotinados, nada se habló de la infeliz señora, que,
inocente bandera de la rebelion, ahondó con esto la
ya profunda sima abierta entre ella y su real velado.

¡Hermoso lirio la excelente dama trasplantado de
las orillas del Sena á la volcánica tierra de Castilla,
hirviendo en criminales turbulencias, para ser desho-
jado con recia mano por quien sólo amparo y protec-
cion la merecia, despues de haber visto manchada su
pureza al asqueroso contacto de la infame calumnia
esparcida por los que trataron de hallar explicacion
satisfactoria al desvío del soberano desde los primeros
momentos de su enlace! Problema histórico que, como
otros muchos, no encontrará nunca solucion, pues la
especie de tener don Pedro avasallada su voluntad por
los encantos de la Padilla, y ser esta la causa de su
repugnancia hácia su legítima esposa, no merece to-
marse en cuenta sin demostrar escaso conocimiento en
la índole de las pasiones. Deslices amorosos tuvo el
hijo de Alfonso XI, sin que fuese rémora á su deseo la
aficion primera y constante de su vida, y doña Blanca
de Borbon era doncella de notable hermosura para
desdeñada por un jóven voluntarioso y mujeriego,
cuando tan legítima ocasion se le presentaba de aña-
dir un número á los excesos de su incontinencia; aun
á despecho de compromisos anteriores.

Continuaba el monarca sufriendo los rigores del poco disimulado encarcelamiento en que se hallaba recluido por los que, so color del bien público, habían despojado á la majestad de todos sus atributos y derechos, y queda á la consideracion del menos discreto cuál se hallaria el ánimo de uno de los reyes más briosos y arrojados que registra la historia, nutrido desde el seno materno en el ódio y deseo de venganza contra sus hermanos bastardos, al verse engañado, escarnecido, sometido su albedrío al parecer de aquellos y sus adeptos, tratado, en fin, cual sólo pueden serlo soberanos como Enrique IV el Impotente ó Carlos II el Hechizado.

Cuando se ha ultrajado de un modo tan indigno á hombres como D. Pedro de Castilla, y falta valor ó medios para inutilizarlos por completo, nada más que muerte y desolacion debe esperarse á cambio de las injurias inferidas. Llegaron estas á tal punto que, excitadas las justas reclamaciones del ilustre prisionero, no pudieron negarse sus guardadores á dar más ensanche á su retrainimiento permitiéndole la compañía de D. Samuel Leví, puesto en libertad bajo fianza, y habida consideracion á su fama de sujeto más diestro en buscar trazas para allegar caudales que avezado al manejo de las armas. Aunque vigilado de continuo por encargados que no le perdian de vista, no ignoraba el monarca la mala disposicion de los pueblos en favor de sus enemigos, tan olvidados de procurar hiciese vida conyugal con su esposa, objeto primitivo de la liga, como ansiosos de medros personales. Y tanto crecieron las ambiciones que no hubo pocos que dieron oídos á las promesas y alhagos de D. Pedro, entre ellos su tia doña Leonor y sus dos hijos, con otros muchos caballeros de cuantía, que el astuto D. Samuel, á fuerza de

dádivas y sagaces esperanzas, iba proporcionando á su señor. Por fin, una mañana de Noviembre de 1354, acompañado de su fiel tesorero, salió el soberano en son de caza de la ciudad de Toro, y acelerando primero el paso y soltando luego la rienda á su cabalgadura desapareció entre la densa niebla que á la sazón encapotaba los campos, dejando burlados á sus enemigos, y continuando por el camino de Segovia se apeó en esta ciudad sin el más leve contratiempo.

Incorporado allí con la reina doña Leonor, y los infantes de Aragon, envió á pedir los sellos reales á los rebeldes, advirtiéndoles le sobraba hierro y plata para fabricar otros, é inmediatamente le fueron remitidos. Desengañada Castilla del torcido proceder de los bastardos, disuelta la liga y acogiéndose á merced del rey muchos de los que la componian, pasó éste á Búrgos, donde las Córtes le concedieron abundantes subsidios con que pudiese pacificar el reino, acabando de dominar la sublevacion, aún formidable en algunos puntos.

A las inmediaciones de Toro asienta D. Pedro sus reales y alza bandera en nombre del derecho; empero su propia madre, acobardada por algunos castigos ejecutados en Medina del Campo, le cierra las puertas de la ciudad.

Largo asedio requería hacerse dueño de ella, y por otra parte urgíale al rey posesionarse de la importante ciudad de Toledo, asilo de la desventurada doña Blanca.

Allá se dirige sin tardanza, pero se le anticipan los hijos de la Guzman so pretexto de auxiliar á los toledanos y á la legítima soberana de Castilla.

Es en balde que algunos caballeros salgan al puente de San Martin y les hagan ver lo inconveniente de

admitirlos dentro de los muros hallándose con el monarca en vias de acomodamiento muy favorables para todos.

Algunos exaltados parciales de los bastardos les franquean otra de las puertas, y aquellas huestes que se decian alzadas para corregir desafueros y defender la inocencia, se apoderan de la alcana ó barrio de los mercaderes, casi todos judíos; y allí, sin más razon que su perversidad y sed de rapiña, roban y asesinan á mil doscientos de estos infelices, no respetando sexo ni edad. ¡Dignos afiliados y fraternales deudos del siempre cobarde D. Tello, que empezó sus campañas desvalijando á indefensos arrieros en los caminos reales cual público salteador! Desde entonces no fué posible avenencia de ninguna clase. Cansados, mas no hartos de oro, sangre y excesos de todo género, trataron de excitar el fanatismo religioso contra la raza hebrea, y atacan la Judería mayor, mas el pueblo los rechaza y ayuda á las compañías reales echándoles cuerdas con que pasan las azudes, penetrando en la poblacion sin detenerse á combatir los puentes. Don Pedro en tanto pugna enfurecido por romper una de las puertas, que los bastardos defienden hasta verla próxima á ser incendiada. Era inminente un combate encarnizado, pues el monarca se deleitaba en desafiar el riesgo; pero don Enrique y D. Fadrique apelan á la fuga, segun lo tenían de costumbre cuando arreciaba el peligro, y salen por la opuesta puerta de Alcántara con tanta precipitacion que los vencedores no pueden darles alcance, á pesar de la mucha diligencia que emplearon para conseguirlo.

Enseñoreado el rey de la ciudad murada, á su devocion la mayoría de sus pobladores, y los turbulentos magnates desconcertados y confusos, ocasion tuvo de

contentar el público deseo reuniéndose á su esposa doña Blanca, entablando nuevo sistema de gobierno, fundado más bien que en el terror en la clemencia; pero ni de las enseñanzas recibidas en su primera edad, ni de la manera con que habia sido tratado, ni de su carácter arisco podia esperarse semejante proceder; sólo un bienaventurado ó un imbécil hubiera guardado mansedumbre hostigado como fué toda su vida por los que más obligacion le debian, y D. Pedro de Castilla estuvo muy léjos de ser una cosa ni otra. En cuanto á su ojeriza hácia la princesa de Borbon, ya hemos dicho que es un enigma indescifrable que será conveniente no tratar de resolver. Sin permitirle en su presencia, fué trasladada la esta señora á la fortaleza de Sigüenza de órden de su marido; el obispo de aquella diócesis es encarcelado con varios partidarios de don Enrique, en Aguilar de Campóo; otros presos en el castillo de Mora; algunos más perecen decapitados, y en el momento que damos de mano al relato histórico y comienza nuestra leyenda, á veinte y un hombres buenos del estado llano acaba de condenar á sufrir la misma pena.

II.

El verdugo y los reos

Agitado por las violentas emociones de un dia de sangre y exterminio se paseaba el monarca acéleradamente en uno de los salones del antiguo alcázar de Toledo, erguida la cabeza, única parte de su persona que dejaba descubierta la armadura, cruzados los brazos

sobre el pecho, mirando de vez en cuando con torba-
catadura á los ballesteros de maza y sayones de su con-
fianza que en ancho círculo guarnecian las paredes de
la estancia. Largo rato habia pasado sin que se oyese
otro ruido que los pasos y el tric-trac de las armas del
soberano, cuando al fin dió suelta á su enojo parándose
frente á un grupo de escuderos, á los que apostrofó de
este modo:

—¿Conque en esta ciudad, cuna y origen de la su-
blevacion escándalo de Castilla, no han llegado á
treinta los delinquentes á quienes se han considerado
dignos de pagar con la vida sus malos hechos? Tenta-
do estoy, ya que tan mal desempeñais vuestro oficio,
por haceros motilar la cabeza obligándoos á tomar el
hábito en San Millan de la Cogulla, buscando en otra
parte servidores más celosos que me ayuden en el
firme propósito que tengo de cortar de una vez para
siempre, con saludables escarmientos, las rebeliones
sin cesar renacientes á mi alrededor. Si, ¡voto al se-
ñor Santiago! se acabaron las contemplaciones; bien
caro me ha costado el perdon amplísimo que otorgué á
esos hijos de una mala mujer. De hoy en adelante no
admito ni concedo transacciones, ó yo perezca ó mi
planta huelle la cerviz altiva de esos orgullosos ricos-
hombres de quienes he sido vil juguete.

—Cumpliendo las instrucciones de V. A., dijo con
tono comedido el balletero Atienza, uno de los jefes
más afectos á su dueño, hemos averiguado quienes
fueron los promovedores del tumulto, sin parar mien-
tes en la gente menuda, arrastrada por las exhorta-
ciones y el ejemplo de aquellos, donde su natural
maldad nunca les hubiera conducido, y podemos,
señor, asegurar con certeza, que los caudillos de la
asonada que no han servido de escarmiento en

público tablado, mañana satisfarán á la justicia del rey.

—¿Y dónde se hallan, continuó este, Roa y Juan Diente, tan activos en otras ocasiones, que no se han presentado aún á dar cuenta de sus pesquisas?

—Si no me engaña el deseo, creo haber oído su voz en el patio del alcázar, y no tardarán en ponerse á las órdenes de V. A.

Con efecto, apenas pronunciadas estas palabras, aparecieron á la puerta del extenso aposento, algo oculta en la sombra, los dos mencionados ballesteros á la cabeza de buen golpe de gente de armas, entre la cual venia maniatado un grupo de hombres que por su traje y aspecto se dejaba conocer pertenecian á la clase comun.

—Adelante, exclamó D. Pedro, parándose inmóvil y brillando sus ojos bajo las espesas cejas que se elevaban y bajaban por un movimiento convulsivo. ¡Desgraciado del ser viviente á quien el leon de Numidia mira de esta manera, pues va á lanzarse y destrozár su presa! Traerme á la claridad, continuó, esa camada de lobeznos, y sepamos qué clase de felonías tendré que castigar en ellos.

—Hé aquí, señor, el más importante de todos, contestó Juan Diente, sacando de entre los demás á un anciano octogenario á quien la fatiga, los muchos años y la molestia que le causaban las ligaduras apenas le permitian sostenerse. Este viejo es un rico platero á quien doña Blanca debe grandes obligaciones, pues decidiéndose de los primeros á favor de ella, hizo con su influencia en el concejo y la ciudad, ó prodigando su caudal, decidirse á los más remisos contra las disposiciones de V. A.

—¿Quién te mete á tí, cuitado menestral, prorum-

pió el monarca pálido de cólera, en los negocios particulares de tu rey y señor? ¿Ignoras acaso que la humilde araña vive desapercibida y feliz en su agujero sin ser inquietada por nadie, empero que si desvanecida descende á pasear régias alfombras, toda planta se cree obligada á pisarla?

—Persuadido de que un hombre leal, sea cualquiera la condicion en que haya nacido, debe aventurar siempre su persona en defensa de su Dios, de su patria y de su rey, replicó el anciano tranquilamente, combatí en el Salado contra todo el poder de la morisma, á pesar de mi avanzada edad. Impulsado del mismo convencimiento acudí á la defensa de la reina de Castilla, ultrajada por los malos consejeros que, extraviando la mente de V. A. prolongaban las turbulencias del reino. Si tal conducta merece castigo, segun vuestra conciencia, disponed, señor, de estos postreros años que el tiempo ha respetado y el Juez Supremo fallará entre los dos.

—Cuando mañana hayas sufrido la pena reservada á los traidores, perdiendo la vida y hacienda que tan generosamente ofreciste en mi daño á esa princesa del linaje de la flor de lís, aceptaré gustoso la residencia que invocas. Llevadle, pues, con los demás condenados á muerte.

No bien fueron pronunciadas estas palabras, por el monarca, ya se disponian los guardas á conducir al sentenciado fuera de la estancia, á tiempo que adelantándose un jóven á través de los presos y soldados.

—Don Pedro I, dijo en voz alta, escuchad, señor, que voy á demandaros una gracia muy en armonía con vuestro deseo.

—Habla, repuso el rey llevando la mano á la empuñadura de su daga, sorprendido al ver un mancebo casi

Imberbe llegar hasta él, ante quien todos temblaban, arrojado, aunque sin ademan hostil, sueltos los brazos, si bien desarmado é indefenso.

—Este anciano á quien V. A. acaba de sentenciar, continuó el resuelto mozo, es mi padre: ochenta inviernos han blanqueado su cabeza; vedle trémulo y próximo á descender al sepulcro. Por el contrario yo soy fuerte, robusto lisonjeado con la esperanza halagüeña de largos años de existencia. Pues bien, señor, tened compasion y admitid mi vida en cambio de la sangre del autor de mis dias. Si movido á piedad accedeis á lo que os pido, bien poco puede duraros tan débil contrario, al paso que en mí siempre tendreis un enemigo desesperado y resuelto, ó sereis notable ejemplo de injusticia y escándalo del mundo castigándome inocente.

—¡Hijo mio! ¿qué dices? prorumpió el viejo perdiendo la entereza que habia conservado mientras él solo peligraba.

—Trato de pagaros lo que debo.

—¡Ah, mi señor, mi rey justiciero! tened lástima de ese inconsiderado muchacho, exclamaba el anciano arrastrándose por el suelo y besando los piés del soberano, viendo el buen semblante que éste ponía á la propuesta del jóven; yo sólo soy el traidor, el culpable; mirad que será una horrible crueldad admitir semejante sustitucion; ved que aún no tiene diez y ocho años, y no puede disponer de su persona.

—Yo le dispenso la edad, dijo D. Pedro, y acojo su propuesta haciéndoos la gracia de que él solo páre en manos del verdugo, siendo así que uno en pos de otro merecíais ir á entenderos con él por atrevidos. Sacadlos pronto fuera, que ¡vive Dios! ya me cansan tantas lamentaciones.

—¡Perdon, perdon! yo os serviré como un perro todo el resto de mi triste vida, continuaba el anciano siguiendo de rodillas los pasos del monarca.

—¡Basta, padre, exclamó indignado el mancebo, alzándose á su pesar, la vida no merece tanta humillacion!

Sin más palabra, ambos fueron lanzados del aposento.

Despachemos de una vez, dijo D. Pedro apenas les vió salir; ¿cuál es el crimen de este ható de bellacos?

—Todos ellos son artesanos que han tomado más ó ménos parte en el tumulto siguiendo á los jefes de sus respectivos gremios, que á su vez eran incitados por la ambicion de los nobles, contestó Juan Diente. Contra ninguno resulta cargo grave; atendido lo cual, juzgo, señor, que mediante unos cuantos cientos de azotes podrá dárselos por solventes.

—Si no tienen otro delito, vayan libres sin pena alguna, replicó el rey; mas ántes atended, buena gente, á un sano consejo que quiero daros, y no lo echeis en olvido, pues en los azarosos tiempos que se preparan podrá servir de gran provecho. Cuando os incite el diablo á comprometeros en alguna revuelta que tenga por objeto cambiar el rumbo á la gobernacion pública, calculad ántes despacio lo que ganareis, áun verificado el trastorno á vuestro sabor, y si despues de maduras reflexiones no encontrareis ninguna ventaja material, palpable, positiva para vosotros, en el nuevo órden de cosas, es prueba ciertísima de que aquella causa no es la vuestra, y de consiguiente no debeis tomar parte en ella, por más que algunos tahures, de los muchos que en las contiendas intestinas medran á la sombra de los incautos, ignorantes de sus fullerías, traten de persuadirlos lo contrario con razonamientos

huecos y bien peinados. Agradeced la advertencia y marchad en paz.

Al siguiente día de los acontecimientos que hemos procurado bosquejar, gran multitud de pueblo se agolpaba alrededor de un ancho cadalso alzado en medio de la plaza de Zocodover. Veintidos infelices, atentos á las fervorosas exhortaciones de algunos padres franciscanos, se preparaban contritos al pié de las gradas á sufrir la suerte reservada para los vencidos en las agitaciones políticas.

El verdugo dió comienzo á su infausto ejercicio, y á medida que iba disminuyendo el número de aquellos generosos mártires de su buena fé, la muchedumbre, como poseida de un vértigo infernal, aumentaba su agitacion y sus aullidos, viniendo á chocar en turbulento oleaje contra el círculo de hierro que formaban los hombres de armas que guarnecian el lugar de la ejecucion. Era que los más retrasados envidiaban á los delanteros el buen sitio que les habia cabido en suerte, y al difundirse de boca en boca los curiosos pormenores del espectáculo que estos disfrutaban, no podian resignarse con su mala estrella y pugnaban por mejorar de puesto. ¡Horrible curiosidad, bastante por sí sola á justificar la desconsoladora lógica del inflexible Hobbes: *homo homini lupus*, el hombre es un lobo para otro hombre!

Entre la turbamulta se hallaba un matrimonio rico en años, á quien ocupaban bien distintos sentimientos. La mujer, mal trenzada la plateada cabellera, el vestido en desórden, escaldadas por el llanto las pálidas mejillas, manifestaba con sus acongojados gemidos hallarse en el último paroxismo del dolor, al paso que el varon inmóvil, muerta la expresion del rostro, parecia apagada en su frente la luz divina que